OPINION

AAF 1274

Los travestis son de veras

Benjamín Carabantes

Hay dos personajes en la obra de teatro "Nadie es profeta en su espejo", de Jorge Díaz: un yuppi en bancarrota y un travesti. La primera lectura a que nos empuja su director, Alejandro Goic, quien comienza proyectando unas imágenes del golpe de Estado, tiende a mostrar lo que ha sido el devenir de dos amigos al cabo de estos últimos veinticinco años sin verse. El que era revolucionario cambió su ideología por la plata, mientras el otro, un ex anarquista, dejó sus ropas de hombre por las de una prostituta fina. Queda planteado el asunto de quién ha cambiado más. Rescato, sin embargo, otro problema más atemporal que aquí se pone sobre el tapete: el de la honestidad.

Sospecho que la fotografía de un hombre desnudo, lejos de mostrarlo tal cual es, convierte a ese hombre en maniquí y lo esconde. Esto, claro, obviando sus gestos y expresiones. Sólo un recién nacido es verdaderamente él cuando está mudo y sin ropas, pero en su caso se trata de una honestidad poco meritoria, porque aún no tiene nada que ocultar ni nada que decir. Rousseau predicó las virtudes del buen salvaje sin referirse a su estupidez, y dos siglos más tarde los hippies de todo el mundo quisieron imitarlo, haciendo vista gorda de la historia y de toda su apasionante macabrería. Aunque éste es otro cuento, algunos fueron como guaguas barbadas.

El asunto es que con el tiempo las cosas cambian y el hombre se viste, y no sólo para abrigarse, sino también para cubrir lo que antes era pura inocencia. Como sea, a medida que se va ocultando, su mismo atuendo reconoce la existencia de un secreto, que en realidad no es lo secreto que podría pensar un espectador torpe. Los lugares comunes no siempre dicen la verdad: si la mona se viste de seda es que no es una mona cualquiera, y el hábito sí hace al monje. El travesti, por ejemplo, lejos de esconder su sexo lo está confesando a gritos. Un buen actor, mientras está en escena, no es otra cosa que su personaje.

Alguno podrá argumentar que existen los cínicos o los interesados, y que ellos son capaces de cambiar su aspecto con la misma facilidad con que cambia un general su estrategia de batalla. ¿Pero acaso quien juzga así no ha descubierto gracias a esa misma movilidad que está ante un cínico o un interesado? Nada es más sospechoso que el discurso del que se jura transparente, porque, como esa transparencia no es posible en una especie tan llena de dobleces y recovecos como la nuestra, lo que ese declaradamente honesto estaría haciendo no es otra cosa que disfrazar su disfraz.

La máscara, a fin de cuentas, es mucho más lo que muestra que lo que oculta. Con ella asoman los deseos y, para usar una palabra prohibida, digamos que también el alma. El marica no es hombre, sino marica, y si se viste de mujer -aunque le moleste a quienes no quieran aceptarlo- lo confiesa. Lo que perturba de tal personaje no es que nos pase gatos por liebres, sino todo lo contrario: su intolerable honestidad. El tipo de corbata que representa Mateo Iribarren en la obra le pregunta varias veces al Chema -el homosexual interpretado por Alejandro Trejo-: "¿Y tú quién eres en verdad?". Y -palabras más, palabras menos- el Chema le contesta: "Nada, en verdad". Algo parecido a lo que diría un náufrago: "Nada, nada como puedas, a ver si nos salvamos".

Ultimas Noticias 7-VIII-1998 P 43

Los travestis son de veras [artículo] Benjamín Carabantes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Carabantes, Benjamín

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los travestis son de veras [artículo] Benjamín Carabantes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile